

tiros. Los mismos caballos que acababan de conducir hacia su patria á los proscritos de ayer, condujeron hacia el destierro á los proscritos de hoy.

Por lo demás, cualquiera que fuese la nueva revolución que se realizaba tan cerca de nosotros, sólo turbaba superficialmente á aquella severa y tranquila naturaleza. Aquel viento, que arrebató los poderíos y conmueve los troncos, no hacía caer más pronto del árbol la piña que tiembla suspendida de la rama. Las carretas tiradas por bueyes pasaban con su gravedad antigua á través de aquellas sillas de posta y de aquellas rápidas diligencias.

Nada más extraño, para decirlo de paso, que aquellos tiros de bueyes. La carreta es de madera, con cuatro ruedas iguales, lo que indica que nunca vuelve sobre su eje y que siempre anda de frente. Los bueyes van enteramente cubiertos con una tela blanca que arrastra por el suelo; y entre los cuernos llevan una especie de peluca hecha de una piel de carnero, y sobre el hocico una redecilla blanca con fleco que parodia maravillosamente una barba. Algunas ramas de encina colocadas al rededor de su cabeza completan el disfraz. Los bueyes, ataviados de este modo, toman un falso aspecto de sacerdotes de tragedia; y parecen, hasta confundirse con ellos, los comparsas del Teatro Francés disfrazados de flámines y de druidas.

En Bazas, apenas hubimos puesto pie á tierra, pasó por mi lado uno de aquellos bueyes con ademán tan majestuoso y pontifical, que estuve tentado de decirle:

No son los sacerdotes lo que imagina el pueblo.

Hasta creo que se lo dije. Y debo añadir, en honor á la verdad, que no mugió ninguna respuesta.

Más allá de Roquefort distrae la monotonía de los páramos alguno que otro tejedor que se encuentra de vez en cuando; los unos están abandonados y son antiguos, remontándose hasta Luis XIII, según atestigua la clave de sus archivoltas; los otros están en plena actividad y en plena producción, y echando humo por todas partes, como un haz de leña verde en una hoguera.

Hace treinta años, cuando era aun muy niño, viajé por este país. Y me acuerdo que los coches iban al paso, pues las ruedas se hundían en la arena hasta el cubo. No había sombra de carretera. De trecho en trecho se encontraba en el extremo del camino un piso formado de troncos de pinos unidos y atados entre sí como el tablero de los puentes rústicos. Actualmente las arenas están cubiertas, desde Burdeos á Bayona, por una ancha calzada, con dos hileras de álamos, que tiene casi la belleza de una vía romana.

Llegará un día que esa calzada, esfuerzo de industria y de perseverancia, bajará al nivel de las arenas y luego desaparecerá. El suelo tiende á hundirse debajo de aquélla y á tragársela, como se tragó la vía militar construída por Bruto que iba desde el cabo Bretón, *Caput Bruti*, á Boios, hoy Buch, y la otra vía, obra de César, que atravesaba Gamarde, Saint Geours y San Miguel Jouarare.

Noto de paso que estas dos palabras, *Jovis ara*, *ara Jovis*, han engendrado muchos nombres de ciudades, los cuales, aunque tienen el mismo origen, no se parecen gran cosa en la actualidad, desde Jouarre en Champaña y Jouarare en las Landas hasta Aranjuez en España.

De Roquefort á Tartas, los pinos ceden su lugar á otra multitud de árboles. Una vegetación variada y poderosa se apodera de las llanuras y de las colinas, y la carretera corre á través de un encantador jardín.

Crúzanse á cada instante antiguos puentes de arcos ojivales y deliciosos riachuelos. Primero el Douze, después el Midou, luego el Midouze, formado, como indica su nombre, del Douze y el Midou, luego el Adour. La sílaba *dour* ó *dou*, que se encuentra en todos esos nombres, viene evidentemente del celta *ur*, que significa corriente de agua.

Todos esos ríos corren profundamente encajonados, límpidos, verdes, risueños. Las muchachas lavan la ropa en el borde del agua; los jilgueros cantan en los matorrales; respírase una vida dichosa en esa dulce naturaleza.

Sin embargo, por momentos, entre dos ramas de árbol que el viento separa alegremente, percíbense á lo lejos, en el horizonte, las malezas y los pinares velados por las brumas arreboladas del ocaso, y entonces nos damos cuenta de que estamos en las Landas. Imaginamos que más allá de aquel risueño jardín, sembrado de tantas lindas villas, Roquefort, Mont de Marsán, Tartas, cortado por aquellos frescos riachuelos, el Adour, el Douze, el Midouze, el Midou, hay el bosque; más allá del bosque, el páramo, el desierto, sombría soledad donde canta la cigarra, donde calla el pájaro, donde desaparece toda habitación humana, y que atraviesan, á largos intervalos, caravanas de bueyes revestidos de blancos sudarios; imaginamos que más allá de aquellos desiertos de arena hay las lagunas, desiertos de agua, Sanguinet, Parentis, Mimizán, León, Biscarosse, con su silvestre población de lobos, de gatos monteses, de jabalíes y de ardillas, con su intrincada vegetación de alcornoques, madroños, robinias, citinos de hojas de salvia, enormes acebos, gigantescos espinos blancos, aulagas de veinte pies de altura, con sus selvas vírgenes, por donde no es posible aventurarse sin un hacha y una brújula; donde se presenta en medio de aquellos inmensos

bosques el gran Cassou, aquella misteriosa encina cuyo horrendo ramaje esparcía por toda la región la superstición y el terror. Imaginaos que más allá de las lagunas hay las dunas, montes de arena que andan, que empujan á las lagunas, que se tragan los pinares, las aldeas y los campanarios, y cuya forma cambian de continuo los huracanes; é imaginaos que más allá de las dunas está el Océano. Las dunas devoran las lagunas, y el Océano devora las dunas.

Tenemos, pues, los páramos, las lagunas, las dunas y el mar, las cuatro zonas que cruza el pensamiento. Imaginaos las unas tras de otras, la una más salvaje que la otra. Vese á los buitres volar por encima de los páramos, las grullas por encima de las lagunas, y las gaviotas por encima del mar. Vese arrastrarse por las dunas las tortugas y las serpientes. Se os presenta el espectro de una naturaleza sombría. La fantasía llena vuestro espíritu. Desconocidos y fantásticos paisajes tiemblan y se reproducen ante vuestros ojos. Algunos hombres apoyados en largas perchas y montados en zancos pasan entre las brumas del horizonte por la cresta de las colinas como grandes arañas. Parece como que se yerguen en las ondulaciones de las dunas las enigmáticas pirámides de Mimizán, y se presta oído como si se oyera el canto agreste y dulce de las campesinas de Parentis, y se mira á lo lejos como si se viera andar descalzas á las hermosas muchachas de Biscarosse coronadas de siemprevivas de mar.

Porque el pensamiento sufre esos espejismos. Los viajes que no hace la diligencia Dotezac, los realiza la imaginación.

Sin embargo, se llega á Tartas, la antigua cabeza del territorio de los Tarusates, que es una linda villa sobre el Midouze. En la Edad media era una de las cuatro senescalías del ducado de Albret. Las otras

tres eran Nerac, Castel Morón y Castel Jaloux. Saludé al paso, á la izquierda de la carretera, un lienzo que se mantiene todavía en pie de la venerable muralla que resistió, en 1440, al temible capital de Buch dando tiempo de llegar á Carlos VII. Los vecinos de Tartas hacen albergues y figones en aquella muralla que les dió una patria.

Cuando salíamos de Tartas, una enorme liebre salió de un cercano matorral, atravesó la calzada, se detuvo luego á distancia de un tiro de pistola en un prado y miró animosamente la diligencia. Esa valentía de las liebres en ese país débese, sin duda, á que saben que han sido ellas las que han dado su nombre á la casa de Albret. El orgullo se ha apoderado de ellas, y se portan, si llega el caso, como liebres hidalgas.

Mientras tanto iba cayendo la noche. El ocaso, que inspirara á Virgilio tan hermosos versos, todos iguales por la idea, todos diversos por la forma, cubría de sombras el paisaje y de sueño los párpados de los viajeros. A medida que iban haciéndose más densas las tinieblas y borraban las informes siluetas del horizonte, me parecía—¿era una ilusión nocturna?—que el país se hacía más salvaje y más áspero, que los pinares y los claros volvían á presentarse, y que hacíamos realmente, en medio de la más profunda obscuridad, aquel viaje de las Landas que yo había imaginado pocas horas antes. El cielo estaba estrellado, y la tierra sólo ofrecía á la vista una especie de llanura tenebrosa donde vacilaban aquí y allá no sé qué rojizos resplandores, como si ardieran entre las malezas algunas hogueras de pastor; oíase, sin ver ni distinguir nada, aquel campanilleo sutil y leve que se parece á un hormiguelo armonioso; luego todo volvía á entrar en el silencio y en la noche, y la diligencia parecía rodar ciegamente por un desierto oscuro,

donde únicamente, de trecho en trecho, extensas manchas de claridad que aparecían entre la negrura de los árboles y revelaban la presencia de las lagunas.

Yo me sentía dichoso, pues había atravesado varias veces el olor de los albohales que me recuerda mi infancia, y pensaba en todos los que me aman, olvidaba á todos los que me odian, y miraba en aquella sombra, por decirlo así, con la mirada extraviada, dejando que se mezclaran á mi fantasía las vagas figuras de la noche que pasaban confusamente delante de mis ojos.

Los dos jorobados me habían dejado en Mont de Marsán, y como estaba solo, empecé á sentir frío; me envolví en mi capa, y poco después quedaba dormido.

El sueño que concede un coche que os lleva al galope es un sueño claro, á través del cual se siente y se oye. A un cierto punto el conductor se bajó y el coche se detuvo. La voz del conductor decía: *Señores viajeros, ya estamos en Dax*. Luego abriéronse y cerráronse las portezuelas como si los viajeros pusiesen pie á tierra, y después el coche se movió y se puso otra vez en marcha. Algunos momentos después, el casco de los caballos sonó como si anduvieran sobre madera; la diligencia, inclinada bruscamente hacia adelante, dió un brusco vaivén; yo abrí un ojo; el postillón, encorvado sobre los caballos, parecía mirar hacia adelante con inquieta precaución. Yo abrí ambos ojos.

El enorme carruaje, pesadamente cargado y arrastrado por cinco caballos enganchados con cadenas, iba al paso por un puente de madera, en una especie de vía estrecha limitada á la izquierda por la barandilla, que era muy baja, y á la derecha por un montón de vigas y de maderos; por debajo del puente, un río bastante ancho corría á gran profundidad, aumen-

tada todavía por la incertidumbre de la noche. En ciertos momentos la diligencia se inclinaba; en ciertos sitios faltaba la barandilla. Yo me incorporé. Estaba en el imperial, el conductor no había vuelto á ocupar su sitio, y la diligencia seguía andando. El postillón, siempre encorvado sobre su cabalgadura que apenas alumbraba el farol del cupé, murmuraba no sé qué enérgicas exclamaciones. En fin, los caballos subieron una pequeña cuesta, un nuevo sacudimiento hizo bambolear el coche y se detuvo. Estábamos en terreno firme.

Los viajeros que habían pasado el puente á pie antes que el coche, volviéronse á sus compartimientos, y mientras abrían y cerraban las portezuelas, oía al conductor que decía:

—¡Demonio de puente! Siempre en reparación. ¿Cuándo estará terminado? Muy mal se hace en Dax la vigilancia. Los carpinteros dejan sus herramientas en el paso del coche para volcarle. Por un momento he visto el carruaje en el río. Nadie puede figurarse el peligro que hay. Cualquiera día sucederá una desgracia. ¿No he hecho bien en hacerles bajar, señores viajeros?

Dicho esto, subió, y al verme dió un grito:

—¡Toma! Caballero, me olvidé de usted.

## III

## BAYONA

## EL OSARIO DE BURDEOS

26 de julio.

No pude entrar en Bayona sin emoción. Bayona es para mí un recuerdo de infancia. Vine á Bayona muy niño aún, de siete ú ocho años, sobre el 1811 ó 1812, en la época de las grandes guerras. Mi padre ejercía en España su oficio de soldado del emperador y mantenía en respeto dos provincias sublevadas por el Empecinado, Ávila, Guadalajara y todo el curso del Tajo.

Mi madre, que iba á reunírsele, se detuvo en Bayona para esperar un convoy; pues entonces, para hacer el viaje de Bayona á Madrid, había que ir acompañado por tres mil hombres precedidos por cuatro cañones. Algún día escribiré aquel viaje que ofrece algún interés, aun cuando sólo sea para preparar algunas memorias para la historia. Mi madre había conducido con ella á mis hermanos Abel y Eugenio y á mí, que era el más pequeño de los tres.